

UN RITUAL DEL LUTO: EPITAFIOS, TROVOS, POEMAS EN LAS LÁPIDAS DE CEMENTERIOS RURALES DEL CAMPO DE CARTAGENA

Francisco Henares Díaz

Esquema: 1) Los honores que se tributan al difunto indican, por un lado, la creencia en la inmortalidad del alma, y el honor al cuerpo, templo del Espíritu; por otro lado, demuestran y significan, el recuerdo vivo en la memoria de quienes le amaron. 2) El Cristianismo de los primeros siglos ya usó abundantes inscripciones, epitafios, sentencias, etc. en las tumbas. 3) La tradición ha cultivado lo propio en todas las edades de la historia. 4) El Campo de Cartagena usa un estilo especial: pone en el cementerio algo muy suyo, el trovo, y una literatura sencilla, de escasa calidad, pero de mucho afecto. Signo todo de la fe cristiana, por un lado; y del amor de los allegados del difunto, por otro. 5) Antología de textos.

1. HONORES AL DIFUNTO: ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA

En la inmensa mayoría de los casos que aquí citamos, se palpa el signo de una creencia cristiana esencial: la inmortalidad de alma. Se tiene la percepción de que nuestros difuntos no se mueren como un árbol, ni como un animal. Su energía es algo imperecedero. Tal creencia va asociada a la resurrección que nos ha deparado Jesucristo. Si él está vivo, que es Cabeza, los difuntos participan de su gloria, puesto que son su cuerpo glorioso. Nada extraño, por tanto, que la liturgia de difuntos insista (en el prefacio de la misa) que *esta vida no termina; se transforma, y al deshacerse esta morada terrena, nos compramos otra casa en el cielo.*

Y ya que las verdades de fe el pueblo llano no sabe expresarlas muy teológicamente, lo hace, en cambio, con el sentimiento. Y en nuestro caso con lenguaje poético y afectuoso.

La lápida mortuoria cumple una función primaria elemental: la de tapar el enterramiento por razones de higiene, pero raro es en etnografía que lo útil se quede en utilidad sin más. Muy por el contrario, se suma a todo ello otra vivencia de más alto vuelo, bien sea de arte,

de guardar la memoria, bien de mostrar una sensibilidad hacia el ser querido. Lo importante es que las familias y allegados dejan impreso el amor y honor que merece el muerto, y cómo está vivo en la memoria de quienes le conocieron. Y puesto que su nombre ha sido esculpido, como se pretende que esté también en la memoria de los demás, aunque no lo hayan conocido. Por tanto, este trabajo mío intenta ser algo así como una comunión de los santos, precisamente porque las lápidas se convierten en un medio de comunicación, pero también de comunión en una creencia.

Tal actitud de la vida ante la muerte desarrolla así toda una etnografía que circunda a los momentos últimos del finado. Han producido esa actitud innumerables rituales del luto antes del fallecimiento, en el fallecimiento, y después del fallecimiento. Se podría decir que cuanto más rural ha sido la vivencia más intensamente se ha vivido, y más vistosas maneras de expresarlo se han creado, puesto que se le han levantado menos reparos racionales en ese medio. El ritual de luto es en España uno de los más impresionantes caudales de la etnografía, desde el mismo momento de la preparación para la muerte, de tanta raigambre cristiana, hasta el viático, en público y con procesión; y desde el velatorio en las casas, como se hacía hasta hace bien poco, hasta la solemnidad (o pobreza) del funeral, o hasta la urgencia de que el cementerio se convierta, en buena parte, en una foto de un urbanismo de clases sociales parecido al de calles y plazas del pueblo o la ciudad. De tan amplio campo, me fijaré ahora sólo en una parte de ese ritual: en las lápidas y en sus inscripciones. Creo que parar mientes en esa muestra humilde lo merece con creces.

Por lo que atañe al tiempo después de la muerte, será rara la cultura, en cualquier época y pueblo, que no haya dejado huellas visibles, o bien perdidas hoy que nos llegan por otros conductos. Por ejemplo, por cronistas de Indias, textos de misioneros, documentos, pinturas, esculturas, fotografías antiguas, etc.

2. EL CRISTIANISMO DE LOS PRIMEROS SIGLOS FUE EL INICIADOR

Los primerísimos cementerios cristianos apenas tuvieron distinciones de unos muertos y otros, y más si se comparan con sus vecinos cementerios paganos. En algo se distinguieron cumplidamente, sin embargo: en los cristianos toda clase de personas eran enterradas con dignidad, fueran esclavos o libertos. Bajo el Imperio Romano, en cambio, lo usual fue la fosa común para esclavos. Más tarde, cuando los cementerios (con las catacumbas) se construyeron bajo tierra, las inscripciones funerarias gozaron de una dedicación muy propia en el ámbito cristiano. Pero eran éstas, igualmente, notables en ámbito pagano.

Si es cierto que en la Iglesia primitiva toda excesiva manifestación parecía algo no conveniente, dada la creencia en la humildad y sencillez de quienes mueren en Cristo, con el paso de los primeros siglos no faltaron manifestaciones, sobre todo de frases, sentencias, pinturas, iconos que acompañaban al enterramiento. Las catacumbas pueden ser también buen ejemplo de ello. Son innumerables los letreros. La epigrafía tiene aquí un arsenal de estudio. Y más si tenemos en cuenta que no es fácil siempre percibir cuándo el enterramiento pertenece a una necrópolis pagana o es ya cristiana. Algunas pistas, sin embargo,

nos ayudan. Por ejemplo, una abreviación en la inscripción: Rasina Secunda reed XVI kal. Novembris P. CLXXXXVIII. La cita H. Leclerq (Dictionnaire d'Arch. Chretienne, voz inscriptions, pág. 712). La pista la daría ese reed(didit) Spiritum. Pero es quizás más interesante todavía (por lo que tiene de inmortalidad) otra inscripción en la que se habla de una madre muerta a los 30 años. Se nos dice allí que tuvo tres hijos y dos hijas. Se llamaba Pescennia, pero traduce la lápida allí mismo: Quod vut Deus. No queda ahí todo. El autor de tal epitafio sigue la laude a la mujer, y entre otras virtudes publica que fue «honestae memoriae femina bonis natalibus nata matronaliter nupta». Están estas frases inspiradas, o sacadas más bien, de la Pasión de Santa Perpetua, martirizada en Cartago en el año 203.

Se han publicado, sobre todo a partir de la Edad Moderna, muchos estudios, merced a excavaciones e investigaciones a partir de una arqueología que iba descubriendo fuentes sin cesar. Citar aquí nombres de lugares y de estudiosos sería abusar del lector.

En todos esos textos brilla la luz de la fe, y brilla el honor que merecen esos muertos. Son los mártires, obviamente, quienes se llevan la palma, y no sólo del martirio. Desde muy pronto, se rinde culto de fe, y de palabra junto a su memoria: Y en los primeros siglos, bajo el Imperio romano perseguidor, crece ese talante hacia el mártir. Sólo tras la paz que adviene con Constantino, los confesores reemplazan en parte tal memoria, pero porque se les ve ahora como testigos, es decir, mártires en el sentido propio de la fe en Jesucristo.

La gama de estas inscripciones es muy variada. Hay textos largos, y algunos reducidos a una palabra o dos. Estos impresionan, porque quieren decir todo en un solo grito. Se seguía, por tanto, una tradición que corría por las lápidas del Imperio. El mestizaje de signos y lenguajes comunes es un buen referente del ámbito donde se producían, pero el sentido providencialista cristiano es otro, lógicamente.

3. LA TRADICIÓN NO PERDIDA

Quizás una de las parcelas que la cultura más tenga que agradecerle a la Iglesia católica (y a tantas Iglesias) es su persistencia en las tradiciones, su amor porque nada de antiguo se pierda, dado su valor. Ello ha hecho que los cementerios sigan copiando algo con muchos siglos de vida. Uno de esos aspectos es este amor a las lápidas, a que figure ahí esculpido el nombre, la fecha, las fotos de los abuelos, los padres, a que figure un decir sentido al hijo, y a veces (como en las lápidas del siglo XIX que aún vemos por aquí) hasta la hora fatal en que ocurrió el fallecimiento de esos seres amados, con el reloj incluso allí mismo esculpido.

4. EL CAMPO DE CARTAGENA CULTIVA UN ESTILO PROPIO

Así como los cementerios rurales de por acá guardan un estilo constructivo semejante, así también han cultivado lo que se escribe en las lápidas. Toda España tiene cementerios parecidos, pero aquí, por ejemplo, observa uno cuán pocos nichos en hilera existen

frente a la costumbre de una ciudad; observa también uno (recientemente) el gusto por que los nichos vayan quedando fuera a la vista, y no guardados dentro de esos mausoleos-capillas tradicionales; o en fin, se maravilla también uno de la abundancia de mausoleos en el Campo en comparación con otros modos de enterramiento más sencillos. En algunas de las poblaciones (Roldán, por ejemplo) la abundancia de éstos es tan evidente que apenas hay otro lugar posible. En Perú, dominan las fosas en tierra, pero con hermosas lápidas. No se ven apenas enterramientos pobres en tierra pobre, como acaecía hace años. Eso ha desaparecido. Y si ves algún caso, entiendes pronto que pertenece a tiempos pretéritos. Lo cual habla, a la par, de cierto nivel de vida, traducido en el culto a la muerte. Tampoco, se ven, justo es decirlo, aparatosas construcciones. En los citados mausoleos-capillas es muy propio el cuidado por acompañar al muerto. Me refiero a ese regodeo por sentirlo cerca, y quedarse con él hablando, meditando calladamente, junto a la presencia real de los huesos. Es visible esto, por ejemplo, en las sillas, banquetas allí dentro. No hay prisas por irse. Todo es juntura en el amor que espera. De ahí que no nos extrañe encontrarnos con el recuerdo de un esposo que daba gusto a su mujer empleando tiempo y dinero en construir un mausoleo para ella. Lo expresa en uno de los textos, precisamente cuando se cumplió el designio.

Pues bien, si tal ocurre con esa arquitectura, digamos también que en esos mausoleos-capillas apenas se goza de inscripciones literarias abundantes. Escuetamente se ponen nombres y fechas de muerte, y lo demás es adorno. No cabe más texto. Pero, por otro lado, al existir pocos nichos en los cementerios, según dije, la contrapartida es que caben muchos letreros, si el enterramiento es en fosas. Eso quiere decir que son las fosas con grandes lápidas rectangulares los destinos de las inscripciones. A veces, un libro abierto esculpido en mármol, puesto encima de la lápida, es el soporte nuevo de esta literatura, que así se cobra un poco más de espacio, si es que faltaba éste.

También es de observar que siendo la mayoría de los actuales cementerios obra del siglo XIX y del XX, las lápidas más antiguas tengan un regusto por textos con solera y quizás más largos, pero los muchos ejemplos que catalogo al final nos permiten ver, por igual, cómo lo que se hacía hace tres siglos sigue con vigencia. Me refiero en especial a los trovos, o una clase de poema que se les parezcan.

Digamos, antes de nada, que esta catalogación no obedece a la valía literaria de esos textos. Más bien, hay que decir que es escasa, al respecto. Mi interés aquí es etnográfico, y en todo caso etnológico. Se trata de percibir una antropología que sale al encuentro de esto: qué lleva a gentes sencillas a expresar en poesía sus sentimientos, y con tanta insistencia, sin importar mucho ni la valía, ni lo que piense la gente al respecto. Eso frente a quienes creen (muchos de nuestros jóvenes alumnos *urbanitas*, pienso yo) que la poesía es algo pasado de moda. Se diría, al revés, que si se quiere decir algo sentido y desde lo más hondo, se echa mano de ella, y da igual si suena mejor o peor (que siempre suena bien), y por supuesto da igual cada ripio, cada métrica menesterosa, o cada rima como Dios quiera.

Vuelvo a la pregunta clave: ¿qué lleva a dejar ahí ese modo de expresión? Por de pronto, lleva dentro el sentimiento que se está padeciendo en horas terribles tras soportar la muerte de una persona a la que se amó tanto, pero también la necesidad de que se vea que «está bien llorado», y a la vez, la necesidad de comunicarlo a los demás. Algo así como la frase de

antes tan tradicional: se ruega una oración por el alma del difunto, es decir, se ruega ahora que os acordéis (quienes pasáis y veis ahora esta lápida), de qué gran persona fue este ser querido aquí enterrado. Porque la tradición de loa al difunto es un gesto también con historia. A través de los siglos cristianos (en *sermones funerales*, por ejemplo) se fue insistiendo más en las virtudes del finado que en sus posibles defectos. En tal actitud se pone uno de parte de Dios, que será comprensivo, o de la Virgen Madre, que intercede por los pecadores. La loa es fruto del amor, que oscurece siempre lo más negativo en las personas. Actúa de esponja que lava.

4.1. Tipología de los textos

Aunque una clasificación de ellos puede hacerse desde muchos puntos de vista, aquí lo haremos con referencias tanto literarias como antropológicas de diversa índole, entre éstas las que nacen de un sentimiento de honrar a una persona, de recordar un suceso, de personificaciones del emisor y receptor, de soltar un pensamiento filosófico o teológico, o de acudir a la acuciente brevedad (y no sólo por razones de espacio en la lápida). Añadamos que no siempre los textos son originales. No es difícil ver alguno de ellos en otras lápidas, y en otros cementerios del Campo. En San Isidro y La Magdalena, un hijo escribe a su padre: «Papá: antes fue fácil quererte / Ahora imposible olvidarte». Lo encontramos también en Torre Pacheco, verbigracia. Por otra parte, citas bíblicas muy propias ensartan algunos enterramientos. Por ejemplo, el salmo 15: «Me enseñarás el sendero de la vida» (en La Palma). En una tumba antigua y solemne de La Unión (familia Teulón), vemos un obelisco, y en sus cuatro lados, cartelas al estilo de los catafalcos del Barroco. Una, trae la cita de Is. 14, 5: «Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo». Otra, la frase famosa de S. Agustín, tan predicada en los púlpitos: «Una flor se deshoja, una lágrima se seca, una oración la recoge Dios». En Pozo Estrecho asistimos a una *interlinealidad* de todo lo anterior, pero convertida de esta guisa en trovo: «Una lágrima se evapora /, una flor es vanidad. / El eco de una plegaria / se escucha en la eternidad».

Por último, no falta la cita de un poeta querido en nuestra zona (por nuestro campo paseó en vida) como Miguel Hernández: «Volverás a mi huerto y a mi higuera...» María se lo dedica a Camilo, que vivió de 1940 a 1997. Ocurre en Pozo Estrecho.

4.2. El talante sentencioso filosófico-teológico

De vez en vez comprobamos cómo el hecho tremendo de la muerte sume en la meditación de lo más hondo que llevamos dentro. Creo haber oído a alguien que la diferencia del ser humano y el animal estriba precisamente en que aquél es el único ser que se hace preguntas de larga distancia, es decir, piensa no sólo sobre lo inmediato, sino sobre lo venidero. En el cementerio rural hay muestras de ello, y en su sencillez se expresa debidamente. En La Palma (de 1900) leemos: «Aquí espero». No hay un diluvio de palabras, pero resume

exactamente todo un dogma cristiano. ¿Se espera la resurrección? ¿Se espera la divina misericordia? ¿Se espera sumarse a la resurrección del Cuerpo Místico en solidaridad? Otra tumba deja en el aire esto: «Recuerdos inolvidables». Y queda abierta la imaginación a innumerables momentos (en La Palma). No falta quien medita ahora, pensando que otros meditarán después sobre lo mismo, y encima lo dice en trovo: «A esta tumba tan gloriosa / mis descendientes vendrán /, y dirán: aquí reposa / detrás de esta fuerte losa». Trovos que afianzan algo similar en la lápida de la esposa del anterior citado muerto, como ella, con más de 80 años en 1987 en La Palma: «Detrás de esta tumba fría / está descansando en paz / y antes de morir decía: / voy a hacerte compañía / a la corte celestial».

Quizás, la muerte de una persona joven hace estirar más todavía la meditación-reflexión. Es comprobable esa tendencia a lo largo de todo el Campo de Cartagena. Una muerte prematura, o súbita, o de niño, o madre, o esposo joven son casos que desatan más poemas. Un poema largo a Saturnino, muerto a los 30 años, empieza diciendo: «Donde hay amor hay vida. / La muerte no tiene cabida...» para acabar admitiendo que «unidos en el Señor / juntos seguiremos / en la celebración que nunca terminará: / la fiesta del Amor».

Pero no pretendo hacer aquí un estudio de las ramificaciones por las que se divierten los textos. Creo, de momento, que la recogida habla por sí sola. Además, se había hecho muy pocas veces antes, o ninguna, y eso es lo que importa ahora.

ANTOLOGÍA DE TEXTOS

Cementerio de San Antón (diputación de idem):

1. En principio ponemos la atención sobre unas lápidas, quizás de las más antiguas que conserva este cementerio (creado en 1803, dice en la puerta). Se hallan rotas y deterioradas cada día más. Sería bueno llevarlas a un museo. No tienen ya propietarios, parece, ni pertenecen a tumba actual alguna. Andan arrumbadas entre varias fosas. La segunda, según se echará de ver, quiere ser una décima, estrofa altamente tradicional entre los troveros clásicos. La métrica va a su aire, ciertamente, pero priva la loa al difunto.

a) Don Antonio Caballero Briones (15 octubre de 1865; muerto a los 34 años).

Esposo querido:

*Partiste de esta vida y nos dejaste
la memoria fatal y el dolor fuerte
de tus padecimientos y tu muerte.
Amor conyugal, padre cariñoso, modelo de fiel esposo
que en tu esposa idolatrabas y en tus hijos adorabas
y ellos en ti veneraban. Partiste y nos dejaste
vertiendo lágrimas amargas, tristes y llorosas
a Dios rogando en descanso de tu eterna gloria
su esposa e hijos le dedican este testimonio
de su amor a su memoria y sus virtudes.*

- b) «Don Juan de Mora y Alarcón, finado el 16 de septiembre de 1861 a los 72 años de edad»

*En su vida fue laborioso
 modelo de buen y fiel esposo.
 De sus hijos, amante sin igual.
 Consecuente con la amistad
 patricio y liberal sin mansilla (sic).
 Tan enchido (sic) de humanidad
 que enjugó lágrimas amargas.
 Jamás estaba más complaciente
 que al hacer un beneficio
 a la humanidad doliente.*

2. «Aquí yace Dña. Encarnación Bas de Mora. Falleció a la una de la mañana, el día 28 de septiembre de 1858 a los 60 años de edad».

*Haviendo (sic) sido en vida
 fiel prudente esposa
 madre cariñosa
 y caritativa amiga.
 Su esposo e hijos ruegan a Dios por su alma.*

3. La tumba de Marín se halla en S. Antón con unos azulejos de Luzzy y E. Gabriel Navarro. Está en la de su hijo, creo, muerto el 20-2-1960. Éste es el trovo:

*A rezar y a llevar flores
 muchos a mi tumba irán.
 Aquí decansa -dirán-
 el rey de los trovadores.*

4. En tumba de un fallecido en 1984. Se trata de un libro abierto esculpido y puesto encima de la lápida grande. Una décima.

*Una campana sonaba
 en los celestes confines
 al morir Miguel Martínez
 cuando a vivir empezaba,
 quince años contaba
 Miguel al perder la vida
 y en esa edad tan florida
 se fue con el Padre heterno (sic)
 dejando en su hogar paterno
 un dolor que no se olvida.*

5. En Andrés Segura, esta otra décima:

*Aquí en esta sepultura
bajo esta marmórea losa
eternamente reposa
el cuerpo de Andrés Segura.
Sus hijos con amargura
que le vieron fallecer
lo vienen a humedecer
vertiendo copioso llanto
ya que de quererlo tanto
no escatimó el padecer.*

Cementerio de Canteras

6. En la tumba de El Pulga (José Bernal López) en el cementerio de Canteras existe un cartel de la Asociación Trovera José M^a Marín, donde dice: «Por la imborrable huella que dejó como trovero y persona». Murió el 26-1-1983, a los 75 años. Veo dentro de ese mausoleo de la familia un cartel con traza de pergamino, que lleva un poema. Debe ser un trovo.

7. En un chico, muerto a los 20 años, el 2-7-1989:

*Te llevó el Omnipotente
a la mansión de la gloria
dejando en nuestra memoria
tu nombre, José Vicente.
Noble y bueno como un niño
ya a las gloriosas esferas
te recuerdan con cariño
tus amigos de Canteras.*

8. El cólera morbo debió llevarse a Josefa Agüera (5-6-1898, de 11 años) y a su hermano Pedro, un año después, con sólo 10 años. Pero vemos también a dos madres hermanas (mueren en 1987 y 1996) a quienes los esposos dedican este poema:

*En el firmamento dos estrellas
brillan con luz radiante.
Son dos madres y dos hermanas
que su camino comparten.*

9. En Ana Vallés (1912-1995):

*Seguro que donde estés
estarás haciendo el bien.
No te olvidamos ¡Bonita!*

10. Taranta a Manolo Romero (29-12-1998):

*Recuerdo aquel compañero
que cantaba bien la taranta.
Recuerdo aquel compañero
con su divina garganta.
Era el mejor taranero
que brotó de su garganta,
era, Manolo Romero.*

Al mismo se le dedica un poema firmado por Jesús Sancho. Dice:

11. Marembra (sic) vencido es tu voz siempre que cantas.

*Abierta el alma y a flor de piel el sentimiento.
Oculto en el decir de una taranta.
Libro abierto son tus letras que imantan.
Oración son tus mineras de esperanzas y lamentos.
Revalorizas con tu voz el gran arte del famenco.
Obsequiando a la afición (sic) con tu sentir y tu garganta
Muestra universal de este arte completo y primoroso
Elegido de los dioses en Murcia y España entera.
Rompe moldes enarbolando del cante bandera.
Oro molido: artista y cantaor bueno y grandioso.*

12. En Guillermo Conesa (22-5-1870) muerto de siete años, y su hermano Remigio, muerto de siete meses por las mismas fechas que el otro:

Cerraron sus ojos por la vez postrera nuestros queridos hijos, nuestro consuelo. Será que duermen y despertar esperan; les hemos visto morir. Mas ángeles eran y los ángeles viven en el cielo.

Cementerio de Portmán

En tumba de Antonio Zapata (1998), poema como oración confiada:

13. En tu palabra confiamos

*con la certeza que tú
ya le has devuelto a la vida
ya le has llevado a la luz.*

14. En Portmán, en las lápidas más antiguas, hay versetes. Por ej. en 1880 ante Antonio Pagán, muerto a los 24 años.

*Si de esta solitaria sepultura
osáis correr el sacro-santo velo
un cuerpo encontrareis,*

*el alma pura buscarla
entre los ángeles del cielo.*

Cementerio de La Unión

15. En una lápida antigua (al mismo entrar, a la izqda.) en 9-6-1898 se escribió de modo impresionante con esta brevedad: ¡PAQUICO!

16. Hay en ese cementerio un espacio para niños, al poniente, junto a las tapias, en torno a los años 1925-1930. Hay rejas (son fosas en tierra) que parecen cunas. En la niña Nieves de Callara y Bayo (12-11 1882, muerta de 18 meses, a las 7 de la tarde), pone:

*Flor que brillava (sic) lozana
y el huracán marchitó.
Dejó la morada humana
y a la divina pasó*

17. Otra niña en 1984, Flor López, muerta a los tres años:

*He sido niña en la tierra
y ahora ángel en el cielo.
Aquí mi polvo se encierra
y allí por mis padres velo.*

18. En una tumba solemne (familia Teulón), se ha construido un obelisco, y en sus lados aparecen unas cartelas al estilo de los antiguos catafalcos. Tales cartelas son de inspiración cristiana. Una: Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del campo (Is. 14, 5-6). Otra: Una flor se deshoja, una lágrima se seca, una oración la recoge Dios (S. Agustín). Frase ésta famosa en la predicación cristiana de difuntos. Y otra cartela: Bienaventurados los que mueren en el Señor (Ap. 14,5).

Cementerio de La Palma

19. En Victoriano Truque (6-9-1993), en un letrero de chapa, pegado allí:

No lo busquéis aquí; está en el corazón de la vida.

20. Para la abuela Rosa, se han escrito muchos versos, y se hallan metidos dentro de la vitrina, a la cabecera de la tumba:

*Recuerdo tu risa franca
en las tardes del verano
y el ánimo que a borbotones
derramabas por tus manos.
Recuerdo también tu llanto*

a la muerte de tu hijo...
 (... ...)
Y yo prometí cantarte
¡Rosa! ¿te acuerdas?
Aquel día lloró hasta la mañana.
En la puerta de la iglesia,
una niña de blanco
llegó pronto a hacer su primera comunión
y tú te fuiste con prisa
a dormir entre los pinos
y a escuchar el concierto de las ranas
y a mirar la palidez de la flor
que dormita en las chumberas.
Aquel día prometí cantarte.
Llanura y monte.
Amarillo y ocre.
Un caballito de menta y viento
en el horizonte.

21. El 22-3-2002: «Aquí yace un enamorado de la vida»
22. A un joven (como tantas veces en libro abierto esculpido, puesto sobre la tumba):
 «Quien te quisiera en la tierra
 no te olvida en el cielo».
23. Fruto de la emigración (se ve en varios cementerios): «A ceux qui m-ont aimé». S. C.
 A. En otra tumba en libro esculpido y con foto: «Mon cher Valer». Suponemos que hace referencia al apellido del muerto: Valero.
24. Alfonso García Sánchez, muerto a los 8 años en 1979:
 «Te recuerdan tus amigos de la Asociación de Padres de familias españolas emigrantes en Francia (Lyon). Famille Albarracin. También en otra tumba vemos: «Regrets». En otra más allá: «Le temps passe. Le souvenir reste». Sentencia usual en cementerios franceses. La he visto en otros rurales del Campo de Cartagena, señales de la emigración, sin duda.
25. «Dios le haya dado la gloria en premio de sus virtudes» (8-3-1879).
26. Un letrero que llena toda la tumba (de 1930): «Me enseñarás el sendero de la vida» (salmo 15).
27. En lápida muy trabajada por el marmolista (1900) cruz, flores, ramos, se dice: aquí espero.

28. *Duda que sean fuego las estrellas.
duda que el sol se mueva,
duda que la verdad sea mentira,
pero no dudes jamás
del cariño de tu hija.*
29. *Para ti, querida esposa
este humilde panteón,
que en vida fue tu ilusión.
En él tu cuerpo reposa
bajo de la fría losa.
Tú yaces aquí, en La Palma.
Al cielo voló tu alma,
y en paz gozará de gloria;
no se va de mi memoria;
tu ausencia es mi soledad;
no descansaré jamás
hasta que descanse en paz
contigo en la eternidad.*

Cementerio de Torre Pacheco

30. *Como gotas de rocío.
fresco sobre las flores,
así estuvo siempre tu vida,
llena de alegría y valores.
Dulce, alegre, cariñoso,
pero sobre todo
¡eras tan bondadoso!*
31. Una hermana a su hermano difunto. Largo poema. Reproducimos sólo unos versos.
Titula así el escrito: «En días como hoy te tengo que escribir»:
*Llegan a mi mente
recuerdos de ti.
Me siento sola y me siento morir.
Cae la noche. No tengo ganas de reír.
Quiero estar a tu lado,
pues ya no vas a venir.*
32. *Desde que tus ojos se cerraron
los nuestros no dejan de llorar.
Tu recuerdo está
siempre en nuestro corazón.*

33. *Fuiste el amigo que acudía
como la sangre a la herida
sin esperar que la llamen.
Ningún lugar está lejos,
si existe el deseo y la voluntad
de estar a tu lado.
Mañana estaré allí.
Gracias por ser como eres.*
34. *Amabas la naturaleza y los pájaros.
Estabas lleno de alegría y buen humor.
Será un gozo convivir contigo
en la tierra nueva, por la eternidad.
(en la lápida hay un dibujo de un pájaro y un árbol frondoso).*
35. *No hay olvido,
ni el tiempo cura mi herida,
aunque lejos de mí tú estás.
Te llevo en lo profundo del alma.
Te marchaste, hija mía,
para hacerte inolvidable,
y el tiempo no hace, mi niña,
sino engrandecer este amor de madre,
para la que ni hay olvido,
ni pasa el tiempo.
(en el frontispicio del panteón leemos: «un eterno lugar para el recuerdo»).*
36. *Fuiste reina aquí en la tierra.
Te cuidamos con esmero.
Dios te reclamó a su clero.
Seguros estamos tus padres
que eres reina allá en el cielo.*
37. A María Rosa, muerta a los 27 años, se le dedica una larga poesía. Copiamos sólo los primeros versos:
*Con nombre de flor te haces llamar,
y aunque tú ni siquiera te das cuenta,
haces que quien esté a tu lado se sienta,
vivo en eterno despertar.*
38. *Si para los hombres y el mundo muerto estás,
sigues en nuestro hogar el ángel siendo,*

*y mientras vivamos todos, estarás
en nuestro corazón siempre viviendo.*

39. *Eras, José, en estos lares
un gran amante del trovo.
Recordabas a Marín
con motivos singulares.
Te estaba esperando Dios.
Hazlo ahora en los altares.
(J. Soriano se lo dedica a J. Conesa).*
40. *A un muchacho de 16 años, llamado Aladino:
Sus ojos son lindos,
y no los volveremos a ver.
Su sonrisa es bella,
y no la volveremos a tener.
Era bueno, era tierno, era dulce
y de nuestro lado se fue,
aunque a veces era travieso,
como todos alguna vez.*

Cementerio de Perín

A Joaquín (30-5-1998, a los 27 años). En libro esculpido como vemos tantas veces:

41. *Tu trabajo preferido
fue conducir sin espera.
Por tu padre fue advertido
cuidado con la carretera.
En ella has perdido la vida
una noche traicionera.
El cielo te ha reclamado.
Tu madre en Dios se encomienda
para que seas feliz
como fuiste en la tierra.*
42. *Me roban la flor divina
de mi jardín más querido.
Adiós mi perla divina.
Tus vecinos no te olvidan.*

43. *Ni tiempo distancia y muerte
te arrancarán de mí, esposo,
guardo tu recuerdo ermoso (sic).
Ni dormida ni despierta puedo verte.
En mi desgraciada suerte
ando tras la muerte en pos,
y aunque es ofender a Dios
implórole dolorida:
quíteme el Señor la vida
y nos reúna a los dos.*

Cementerio de San Isidro y la Magdalena

Como en la mayoría de estos cementerios apenas hay nichos, y en cambio, muchos mausoleos-capillas, y tumbas en tierra con lápidas grandes (todo el espacio de la fosa). En las tumbas más antiguas (igual ocurre en Los Puertos de Sta. Bárbara y en otros), en la cabecera se construían unas pequeñas hornacinas con marco y cristalera para imagencicas, velas, flores, etc. Hasta los años 50 se siguen viendo, aunque con distintos estilos. Este cementerio es de final del XIX, a juzgar por una lápida del 24-2-1887, otra de 1891, y otra de 1880.

44. *En un atril, según es usual, encima de tumba:
Nunca la ausencia
causó el olvido,
de quien te quiere
cada día más;
podría no verte,
podría no hablarte
pero olvidarte
eso... jamás.
(en la vitrina hay un San Francisco de Asís con palomas al hombro).*
45. *Tu imborrable recuerdo
esará con nosotros
al alba de cada jornada.
(Tus compañeros)*
46. *En nuestro corazón
siempre permanecerá
encendida la llama
de tu alma.*

47. *La luz de tu alma
brillará siempre
en nuestros corazones.*

(Quiero, al final de esta recopilación, dar las gracias a Pepe Sánchez y a M^a Carmen Saura, matrimonio amigo mío, por su inestimable ayuda. Ellos me proporcionaron muchos textos de La Palma, Torre-Pacheco, Pozo Estrecho).